

PROFECÍAS DE ESTA CASA

a Santa Teresa

¿Quién entorna la puerta de cada recodo donde duermo
y postula apenas -desdeñosa trampa de hechicero, mordaza para el caos,
ennegrecida cuerda para estrangular a los jueces-
la vaga incertidumbre del camino?
Porque no sé dónde estabas, dónde encontrarte, vida mía,
en estos funerales del miedo, en estos acolchados de la muerte,
con un ejército de larvas acampando en mis llagas,
aquí mismo en que se nutre de mí toda la sed del huérfano,
y hurgo entre las tumbas.
Se acabaron los manjares que encendían las bocas,
que apuraban mi pie por el lodo en que el alma es una intrusa sirvienta
/del espino;
siguieron desnudos el escaso itinerario del abismo al contemplarte
o, posiblemente, al presentir tu grito en el murmullo.
¿No ve la espada incandescente,
no cuenta él todos mis pasos?
El corazón es un castillo invadido por serpientes, por cierzos y por
/ratas.
¿Quién se ríe en su refugio, a solas, sin comprender al cortejo
/anunciador,
al insaciable que ya mora en tus entrañas?
¿En qué nacimiento alguien goza y se alegra y repudia
a las vastas muchedumbres congregadas en honor del bebé en las pocilgas
/del odio?
Que le pongan un lutito a la altura de la débil membrana, (extenuante
/hasta la desesperación),
un lutito dorado como breve cereza alucinada pudriéndose en los ojos.
Y él, con su olvidado clamor de pasado en fuga, nunca más deslumbrante
que hasta el día primero del final en que olvidas tu cuerpo,
en el que comes tu cuerpo
entre los desperdicios de un corazón que fue un planeta ardiente,

hará de las distancias un aluvión de nieve, del miedo un veneno
/insoluble.

Porque las astillas fueron entresacadas de la carne,
sin que apareciera el signo indignante de tu camino a ciegas,
la delatora cicatriz bajo el milagro.

Los hechiceros han venido a taladrar los huesos del cordero negro,
aun a expensas de sus pieles, de la férrea palabra que los nombre
en su idioma de fosas y lamentadores, de amantes repudiadas y de delirios
/nocturnos

consumiendo en su avidez hasta el abrojo, vacilando los odres,
atraídos por la muerte (por la memoria de la muerte)
que espera la ciénaga del mar con su hocico de bestia apacentada.
Ellos no esperan.

¿Y dónde queda el brindis de los reyes exiliados?
¿Y qué quedó del olor de los cuerpos después del amor,
cuando la dicha parecía atravesar los relámpagos del infortunio?

En este lecho sepulté a los infiernos del hielo,
al desesperado que busca su niñez entre el andamio asediante de una
/estación de trenes

y la arena que borra las pupilas.

Para siempre.

¿Quién rehúsa decirlo,

invocar a sus madres con los sonajeros del juicio?

Temen. Ni siquiera oyen los lamentos del perro en su guarida,
del conejo obediente, del chacal carnicero por detrás de las rejas,
de la piara sedienta huyendo de los lobos, de la feroz comadreja,
de la cebra invencible en las praderas de la pesadilla celeste,
de la cabra amamantada por tus tiernas manos de nodriza.

Afuera no hay nadie. Ni un rastrojo de deseo enmascarado,
un armijo donde el ausente trace el gesto final de despedida,
y de pronto cubran las flores su cabeza.

Nadie queda.

El desierto era un mar congelado en tu vientre.

A lo lejos han matado al padre, cavan una fosa -un cenotafio de

/perversión-,

deshabitan cada nicho descubierto con seda.

Siempre es a lo lejos, en el borrado tapiz donde urden la salida posible,

donde la infancia y la vejez se transforman en dos brasas

para el cruel exterminio de este nidal de ciegos,

para celebrar la caída de un imperio nada más que con antorchas apagadas.

¿Y llegas a sepultar al de los ojos abiertos, la boca lúgubre?

El cadáver sufre pérdidas visibles.

¿Dónde se revelan los vejadores, dónde están los hospitales?

Sé que han dormido el corazón de los hombres con los restos del ácido,

que no puedes oír al moribundo que eres cuando cae la noche y el grito es

/un sollozo,

que nunca podrás oír la sílaba con que convocan a tus muertos.

Y eras con tu ira y tu angustia, libre del polvo y las respuestas.

Afuera no hay nadie.

¿Pero quiénes hablan de la corteza descascarándose al sol?

Nadie llama aquí, nadie me llama,

nadie llama con la fuerza de la sangre

a desterrar las mordeduras calientes de aquél que resucita en las

/ciénagas concéntricas

del ángel.

Cruje. Era esto lo que esperabas:

Un aroma a neblina flotante en las acequias, un color desolado,

el barro hirviente de tu desintegración.

Manuel Lozano

3^{er} año Letras

"...de ver que un muladar tan
sucio y de mal olor hiciese
huerto de tan suaves flores."

S.T., *Su vida*, C.X.